

Antoni Martí Monrde,
Poética del Café. Un espacio de la modernidad literaria europea,
Barcelona, Anagrama, 2007, 491 páginas

Antoni Martí Monrde,
profesor de Teoría de la
Literatura y Literatura
Comparada en la Universidad
de Barcelona, se propone en
este libro, finalista del XXXV
Premio Anagrama de Ensayo
2007, abordar al Café desde
un recorte singular, que expone
ya desde el subtítulo de la obra:
como un espacio de la
modernidad literaria europea.

La tesis fundamental del
autor, que plantea en la Intro-
ducción, es que el Café tuvo un

papel decisivo en la modernidad
literaria [...] [pues] alguna
cosa comenzó a cambiar en la
literatura en el preciso instante
en que alguien se sentó en una
mesa de un Café, tomó un papel
y se puso a escribir (p. 22).

Esto fue así por varias razones.
Por un lado, porque allí se pudo
“descubrir la soledad” (p. 42),
hecho clave considerando que
una cifra de la modernidad
es, para Martí Monrde, que
“pensar es aprender a estar
solo” (p. 13, 303). En segundo
lugar, el Café alentó una expe-
riencia y un registro de la vida
cotidiana que permitió descu-
brir las tensiones distintivas
de la condición moderna,
al condensarse en él diversos
juegos de contrastes: la con-
junción entre soledad y convi-
vencia; entre individuo y
multitud; en el hecho de que
el Café es “un lugar cerrado,
aislado y, sin embargo, penetra-
ble, al tiempo que abierto y, no
obstante, excluyente” (p. 452);

un “ámbito donde quedarse un
tiempo, o un tiempo incierto,
sin certezas ni incertezas”
(p. 17), que “significa construir
una continuidad cerrada que,
sin embargo, constantemente
vive la inminencia de su
interrupción” (p. 327). En suma,
“El Café permite al mismo
tiempo un contacto directo
con la realidad y un distancia-
miento” que propicia toda
“una hermenéutica de la vida
cotidiana” y desde allí, una
“metaconciencia” crítica de la
modernidad (p. 259). *The Man
of the Crowd*, de Edgar Allan
Poe, es para el autor el ejemplo
literario paradigmático y al
mismo tiempo fundacional
en ese sentido (pp. 260-265).
Finalmente, el Café alentó una
manera de escribir que resultó
la más ajustada para el registro
de esa experiencia: fragmenta-
ria, breve, fugaz, ensayística.
“Una doble traza formal,
ensayística y diarística, caracte-
riza la escritura de Café. La
brevedad, el perspectivismo,
la fugacidad de lo escrito
responde a la forma misma
de los locales, a la manera de
estar en ellos, a su constitución
ondulante, diversa y matizada”
(p. 257). La genealogía de esa
forma literaria tendría sus orí-
genes en los ensayistas ingleses
del siglo XVIII, que volcaron
sus escritos en distintos medios
de prensa como *The Tatler*
o *The Spectator* (Richard Steele
y Joseph Addison entre los más
destacados), para desembocar en
el artículo costumbrista francés,

en el *flaneur chroniqueur* del
siglo XIX que encuentra
en el Charles Baudelaire de *Les
Tableaux Parisiens* de *Les
Fleurs du mal* o de *Le Spleen
de Paris* una encarnación
emblemática (p. 160).

En síntesis, el Café permitió
captar la médula de la expe-
riencia moderna y al mismo
tiempo forjar la forma literaria
más adecuada para registrarla.
Esta relación entre Café
y literatura, concluye Martí
Monrde, se difuminó en
la segunda mitad del siglo XX,
por el cambio de su escenario
característico (la ciudad) y
sobre todo, por el declive de la
literatura en la vida pública
y la pérdida de peso del Café
en la vida ciudadana: “muchas
de las relaciones que hasta
entonces se desarrollaban en
el Café, a partir de los años
sesenta se desplazan hacia otros
ámbitos” (p. 451). Con todo,
son visibles destellos en la
oscuridad: entre ellas, sobresale
la fuerza simbólica del Café,
identificable, por ejemplo,
en el interés que ha ganado la
restauración o conservación
de Cafés (a pesar del gesto de
parodia que también contienen,
según el autor) o en la nomina-
ción que se dan nuevos tipos
de locales (el caso de los *cyber
cafés*). Todo ello hace pensar
que “literatura y Café, en
tiempos de pérdida, vuelven a
proponerse” a que se mantiene
“la búsqueda de locales donde,
sencillamente [...] sea conce-
bible la lectura y la escritura”.

Un gesto fundamental para que se forje una “conciencia de presente” (p. 467).

Un mérito indiscutible del trabajo es el meticuloso y minucioso rastreo de todo registro que los hombres de letras europeos dejaron sobre el Café desde mediados del siglo XVII aproximadamente (el autor nos precisa que el primer Café abrió en Oxford en 1650 pero que “el verdadero paso al ámbito público se da en 1672 cuando un gentilhomme florentino, Francesco Procopio dei Coltelli, afrancesa su nombre para fundar, en su primer emplazamiento, *Le Procope*” –pp. 14-15–) hasta las décadas centrales del XX. De este modo, los *philosophes*, los románticos, los bohemios, los dandis, los diletantes, los vanguardistas, tienen su lugar en estas páginas y es a través de sus voces como Martí Monterde ilustra sus argumentos. Desfilan así Denis Diderot, Voltaire, Honoré de Balzac, Charles Baudelaire, Edgar Allan Poe, Ramón Gómez de la Serna, Miguel de Unamuno, Karl Kraus, Henry Murger, Robert Musil, André Breton, Alfred Polgar, Mariano José de Larra, Julio Camba, Sándor Márai, Stefan Zweig, José Ortega y Gasset, entre muchos otros. También son múltiples los autores con los que Martí Monterde hace dialogar sus reflexiones, demostrando un sólido manejo de la bibliografía más cercana al tipo de texto que el autor encara: Claudio Magris, Walter Benjamin, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Michel Foucault. Por lo demás, vale acotar que si bien el texto se concentra en la realidad europea, incluye algunas referencias latinoamericanas,

aunque sólo a título ilustrativo o anecdótico (como ciertas alusiones a Jorge Luis Borges y sus elogios al café con leche –pp. 15-16–, o al tango *Cafetín de Buenos Aires*).

La diversidad y la amplitud de la factura del libro, sin embargo, deriva en una extensión probablemente excesiva, que dispersa los argumentos y que en ocasiones les quita claridad y contundencia. Merece anotarse, por ejemplo, la huella que deja en la misma estructura del libro. Éste se compone de una introducción y once capítulos: “El primer Café”; “Lectura de Café”; “La vida interior de la ciudad”; “El Café y la bohemia”; “El Café como Academia”; “Desaparición de Cafés”; “La mancha manuscrita”; “Invención y destrucción de la soledad”; “La periferia de la historia”; “Silencio en el Café”; “Café frío”. No obstante, el tema que el autor presenta como central en la “Introducción”, en verdad se desarrolla detenidamente en tres capítulos: “La mancha manuscrita”, dedicado al tipo de registro de la experiencia cotidiana que propulsa el Café; “Invención y destrucción de la soledad” y “La periferia de la Historia”, donde se despliegan las reflexiones más interesantes sobre la entidad del Café como ámbito para el “ensimismamiento público”. Es difícil, a su vez, asociar con exactitud temas o tópicos con capítulos determinados, dado que a menudo los mismos se reiteran o se retoman a lo largo de ellos, y con diferentes voces. También suelen estar abiertos a digresiones, como si los testimonios recogidos alentaran a Martí Monterde a playearse

sobre otras temáticas para volver luego a concentrarse en el Café. Algo así puede verse en las disquisiciones sobre la bohemia en el capítulo “El Café y la bohemia”, o sobre la experiencia del exilio en la tormentosa Europa de entreguerras a partir de los escritos de Sándor Márai en el capítulo “Silencio en el Café”. No es éste, en consecuencia, un libro que presente sus argumentos de manera progresiva, abordándolos a través de capítulos específicos para llegar a un balance final que los conjugue, sino un relato que va y vuelve sobre una serie de tópicos a través del relato con una multiplicidad de referencias. El género ensayístico, en el que se encuadra *Poética del Café*, puede habilitar una factura semejante (más aún, la ausencia de numeración de los capítulos es quizá un dato que revela que el autor pensó deliberadamente de esta manera la organización del trabajo). No es esta observación, por lo tanto, un rasgo objetable en sí mismo (aunque el coro de semblanzas y referencias no estén siempre del todo conectadas), sino un aviso al lector.

Volviendo sobre los ejes argumentales, el libro concibe al Café desde una óptica bien definida. Más que como espacio de sociabilidad, se lo ve como un ámbito cuyas huellas más singulares y relevantes son las de haber propiciado el ensimismamiento. En cierto modo desprendido de esto, se subrayan más los vínculos entre Café y literatura (y escritura) que entre Café y política (como, después de todo, lo refleja el subtítulo).

Desde ya, el autor no ignora la relación entre Café y sociabilidad. Los capítulos iniciales, “El primer Café” y “Lectura de Café”, indagan la relación entre Café y esfera pública burguesa en el siglo XVIII, en una tesitura similar a las delineadas por Jürgen Habermas y Roger Chartier: el Café como un espacio al margen de los ámbitos hegemónicos (aunque en una relación que conjuga contraposición y replicación con los salones aristocráticos) y desde allí, subversivo; incluso, al estar desligado de las jerarquías por entonces imperantes; y clave en la constitución de la burguesía como actor político y social, e incluso en su educación civilizatoria gracias a la información divulgada por la prensa que a menudo los mismos Cafés editaron. A su vez, en tramos de otros capítulos, se hace alusión a la “potencialidad revolucionaria” de los Cafés, señalando sus vínculos con la Revolución Francesa y con el movimiento obrero surgido con la Revolución Industrial:

Quando el derecho de reunión todavía era perseguido, el Café posibilitó a los trabajadores de diversos gremios comparar las condiciones de sus empleos e ideologizar sus conversaciones sobre el trabajo, que rápidamente dejaron de ser un reguero de anécdotas para convertirse en un inventario de agravios (pp. 344-345).

No obstante, el acento de Martí Monterde es que el carácter subversivo o revolucionario del Café incluyó lo político pero también lo rebasó:

La conversación del Café, opuesta al silencio, a la afasia alcohólica de la taberna,

incorpora la subversión proletaria a la heterodoxia burguesa, y hace del Café un espacio politizado e indomitable para las autoridades (p. 346).

La inclusión en la reflexión de la dimensión política, pero su relativa lateralidad en la semblanza del Café, encuentra un sugestivo indicador en ciertas ausencias en las referencias bibliográficas. No hay citas ni menciones a Maurice Agulhon, por ejemplo, cuya obra ha sido clave en el análisis del Café como espacio de sociabilidad y sobre su papel en la cultura y en la política burguesas del siglo XIX, ni a los historiadores británicos que han indagado sobre la relación entre sociabilidad y cultura obrera (Edward P. Thompson o Gareth Stedman Jones, por mencionar dos exponentes notables).

A su turno, está claro que el autor subraya las sociabilidades más propiamente intelectuales que tuvieron al Café como centro:

el cruce social que se da en sus mesas, constituyéndose en peñas, cenáculos, tertulias, u otras formas que articulan lo colectivo, exigen una solidaridad desinteresada y sin filiación, pero extremadamente fiel (p. 347).

Un capítulo (“El Café como Academia”) explora su carácter como foro de una cultura alternativa a las de Academias y Universidades, y desde aquí, su vinculación con las vanguardias. No obstante, este papel, para el autor, tiene límites precisos, tanto en lo temporal como en lo propiamente cultural. Por un lado, porque es posible elaborar una genealogía del Café como

espacio cultural alternativo que trasciende a las vanguardias del amanecer del siglo XX, al retrotraerse al menos hasta el siglo XVII inglés en que ya eran conocidos como *Penny Universities* (pp. 196-197). Y en segundo lugar, porque según Martí Monterde, la sobriedad ganó a las tertulias de Café en las décadas iniciales del siglo pasado, consolidándolas en el campo intelectual pero por ello mismo alejándolas paulatinamente de los afanes vanguardistas (p. 198). La relación entre vanguardias y Cafés, por lo tanto, está identificada y explorada, aunque delineada de manera laxa y presentada como un vínculo que distó de ser exclusivo u original.

Como ya enunciamos, lo sustancial del planteo del autor es que, conjugada con la singular sociabilidad que tiene lugar en el Café, es la soledad la experiencia distintiva que tuvo lugar en éste. El Café es el

espacio ubicuo e improvisado donde la soledad moderna establece sus fronteras que ofrece su ámbito al ensimismamiento como parte de la sociabilidad misma. Como la conversación, la soledad también se entabla (p. 349);

son la gente de Café, al descubrir en ellos la soledad, los primeros en vislumbrar no sólo el sentido de la modernidad sino también su crisis originaria (p. 42).

Un señalamiento sugestivo del autor es que la misma configuración espacial que adquirieron los Cafés a lo largo del siglo XIX contribuyó a ello, al generalizarse una “disposición alineada de las mesas” que las esbozó como

“un territorio si no casi privado al menos donde no se debía ser importunado”, inspirada (siempre según el autor), en las que tenían los medios de transporte de masas que surgen por entonces, como el ferrocarril, con líneas sucesivas de asientos. Ambas, al propiciar que hubiera gente reunida en un espacio delimitado sin tener que enfrentarse cara a cara, satisficieron una necesidad distintiva del ochocientos: el derecho al silencio en público (según la expresión de Richard Sennet que Martí Monterde retoma), esto es, a no ser interrumpido o importunado por estar rodeado de otros (pp. 37-39). Así,

será en los Cafés [y no en otros ámbitos de sociabilidad contemporáneos, como el club o el pub] donde se generalice, y de hecho se concrete, ese derecho al silencio público (pp. 303-304).

En suma, el Café es un ámbito de reunión que, avanzando en el tiempo, desde el siglo XVIII hasta el amanecer del XX, más que densificar los vínculos entre las personas, favoreció la toma de conciencia de la

solitud, y a su vez, posibilitó las formas literarias que mejor las expresaron. En este sentido, el texto contiene un ensayo de periodización, no demasiado explicitado a lo largo del relato, pero que puede inferirse de sus argumentaciones: fue en los siglos XVII y XVIII cuando el Café resultó un ámbito de sociabilidad importante para la formación de actores colectivos (léase, la burguesía). A lo largo del siglo XIX y hasta el amanecer del XX, en cambio, el Café, más que lugar de encuentro de una “clase”, lo fue de un tipo social singular, que también cobra una entidad definida por entonces, el hombre de letras (cuyos ropajes a su vez fueron cambiando: el bohemio, el *dandy*, el *diligente*, el vanguardista). A partir de entonces, el Café se recortó como el lugar en el que se enfrentó el individuo con la multitud (tal cual lo expresa el cuento de Poe ya citado), encuentro del cual surgió, entonces, la soledad como revelación de la condición moderna. El escritor ensimismado, no un actor colectivo, es el protagonista del Café decimonónico. Dicho tránsito se sobreimprime con otro,

ya señalado: la atenuación de la implicación política del Café y su afirmación como espacio de connotaciones fundamentalmente culturales y literarias.

Poética del Café no es, por lo tanto, un libro de historia sobre el Café que concentre sus esfuerzos en concebirlo como un espacio de sociabilidad en los siglos XVIII y XX. Quienes busquen esto en sus páginas probablemente salgan defraudados, a pesar de las alusiones que incluye sobre el tema. En todo caso, no están allí sus aportes más originales, posiblemente porque no fue ése el horizonte de problemas con el que el autor se propuso dialogar. En cambio, las lúcidas reflexiones y las observaciones sagaces que contiene sobre la relación entre Café, literatura y modernidad en la Europa de los siglos XVIII a XX, seguramente serán atractivas y útiles tanto para los interesados en la historia intelectual y de la literatura como en la teoría y en la crítica literaria.

Leandro Losada
IEHS-UNCPBA /
CONICET

Ricardo D. Salvatore,
Imágenes de un imperio: Estados Unidos y las formas de representación de América Latina,
Buenos Aires, Sudamericana, 2006, 191 páginas

Buena parte de la originalidad del trabajo de Salvatore en este libro está relacionada con la elección del tema: el conocimiento y las representaciones de América Latina que circularon en la sociedad norteamericana durante el “apogeo del Panamericanismo”, es decir, entre 1890 y 1945. Tal como el autor señala, los estudios sobre el imperialismo americano tienden a focalizar los aspectos económicos y políticos, dejando de lado, infelizmente, la producción de conocimiento sobre América Latina. Este libro se propone realizar un estudio sobre el imperialismo en lo que toca a una de sus cuestiones más sutiles, no por eso menos importante, como es la conexión entre la producción de saberes y las acciones. Este abordaje resulta adecuado para el tema en cuestión, definido por Salvatore como el Imperio Informal Norteamericano en América del Sur –informal porque se ejerce sin necesidad de anexión territorial y dominio político directo, aun cuando comulgue con una serie de discursos que producen un sujeto definido en situación colonial (p. 24)–. Así, como en América del Sur, al contrario del Caribe, no hubo una situación de dominación directa ni una intervención continua, los argumentos coloniales se filtran por medio de la producción de conocimiento, de la

persuasión y de la penetración de los mercados.

Para Salvatore, hay principalmente dos razones que justifican el estudio del imperialismo estadounidense en América del Sur: la primera radica en la incompletitud e insatisfacción ante el relato marxista, que reduce la dominación a flujos económicos, a aspectos puramente materiales; la segunda está relacionada con la necesidad de realizar una conexión entre el imperialismo económico y político y la cuestión cultural, pues los límites de las disciplinas tradicionales no muestran cómo ambas cuestiones están estrechamente ligadas. La propuesta de Salvatore es, entonces, suspender los grandes relatos explicativos como la dominación de clases, conspiración, etc., y hacer una cartografía de los varios tipos de representaciones, a fin de intentar realizar –en un segundo momento– una síntesis unificadora de las máquinas representacionales que construyen a América del Sur como objeto del expansionismo imperialista norteamericano (p. 15).

El análisis de la “maquinaria representacional” del imperio informal norteamericano es dividido en etapas: primero, el movimiento de articulación mercantil, de 1820 a 1850, cuando la expansión del comercio apuntó en dirección

al exterior; y, segundo, el momento de articulación neoimperial, de 1890 a 1920, marcado tanto por la inversión directa en la región, como por la introducción de los bienes de producción de masas. Según el argumento del libro, cada una de estas fases habría correspondido a un modelo diferente de conocimiento: el primero, más regional y utilitario, tenía por objetivo ayudar a empresas comerciales pequeñas, propias del capitalismo comercial; en un segundo momento, el conocimiento producido se volvió más general, ligado a las universidades, institucionalizado e interdisciplinario, orientado ahora por los intereses del capitalismo corporativo. En esta nueva fase, América Latina se vuelve más “del Sur”, más llena de matices, reconoce su atraso, busca el progreso y la capacidad de aproximarse a América del Norte (p. 103).

La narrativa del libro comienza con el examen de las ferias y la exposición de fines del siglo XIX. Al representar simbólicamente y materialmente las culturas de las “Américas” lado a lado, la del sur como rural, atrasada y tradicional, y la del norte como urbana, industrial y moderna, esas exposiciones lanzaron las bases de un nuevo imperio, el imperio informal de Estados Unidos en Occidente (p. 48), en contraposición al caído imperio español; el imperio del